

Días de locura

Marlowe

Image not found.

Capítulo 1

Ya ha anochecido y los dos celadores, Albert y Brandon, el primero caviloso y taciturno, el otro realmente estúpido para que se le cruzara un pensamiento por la cabeza sin que su cerebro se achicharrara por tremendo esfuerzo cognitivo, llevan a rastras a Max por el pasillo largo de la segunda planta del Hospital Roosevelt.

-Eh, Albert-dijo Brandon deteniendo la marcha a cinco metros de llegar a la celda- ¿por qué no jugamos con este por un rato? Sería divertido.

-No-negó su compañero con la cabeza-. Hay ojos por todas partes.

-¿A esta hora?

-Nunca se sabe.

Para sorpresa de Max, que ya se había resignado a los porrazos que le darían en el cuerpo, Brandon mostró un poco de sentido común y cambió repentinamente de idea porque echó un fuerte suspiro por la boca, como si el hecho de perder aquella grandiosa oportunidad de diversión acabara por ser una trágica noticia, equiparable a la muerte de un familiar. La verdad es que le habría encantado jugar con él, solo para matar el tiempo que no lograban los realitys show que pasaban por la tv ni la pornografía. Así que reanudaron la marcha, se detuvieron frente a la celda -cuya placa en el dintel rezaban los números 510 en marco dorado-, y lo hicieron entrar de una fuerte patada en el culo. Max cayó de bruces al suelo y detrás de sí oyó el tintineo de llaves y luego el cerrojo que se cerraba de delante de la puerta. Oyó la particular risita de Brandon y el reproche que le hizo Albert para que no levantara tanta la voz. Luego sus pasos, que se alejaron por el pasillo, empequeñeciéndose hasta finalmente desaparecer. Esperó unos momentos en el suelo y luego se puso en pie. Cuando lo hizo, vio la silueta de una mujer en la semioscuridad de la habitación sentada sobre su cama. La luz de la luna que penetraba por el tragaluz de la pared apenas si mostraba sus manos.

-No te vi-balbuceó.

-Ya estaba cuando entraste-dijo.

-¿De veras? ¿Y cómo nadie te vio?

-Me escondí.

-Tú siempre te escondes de los demás. Es tu especialidad. Pero conmigo

no. ¿Por qué será?

A esto siguió un breve silencio.

-¿Por qué no te defendiste?-preguntó de pronto la mujer-. Lo vi todo.

Max, que seguía de pie y sin moverse, fingió no escuchar la pregunta. En cambio se esforzó por adivinar la posición de la lámpara que estaba escondida entre las sombras. La mujer adivinó sus pensamientos y extendió el brazo hacia la mesita de noche. Un repentino destello de luz rasgó la oscuridad del recinto y Max pudo por fin observarla con toda claridad. Se trataba de una muchacha que no superaría los diecisiete años. Estaba vestida como las enfermeras del hospital, pero a diferencia de ellas, su cabello estaba desperdigado sobre su espalda y hombros.

-Te he hecho una pregunta. Respóndela.

-Si te la respondo, ¿no desaparecerás como la otra vez?

-No; lo juro.

-¿Lo juras, Vicky?

-Dije que sí.

-En ese caso te lo diré: les tengo miedo. Un horror espantoso. Están más trastornados que yo. Y eso es lo gracioso. ¿A ti no te da risa? A mí sí. Tendrían que ser ellos quienes deberían estar en esta sucia pocilga a la que llaman pomposamente "alcoba" y no yo. ¿Por qué, entonces, se invirtieron los papeles?

-A lo mejor porque el mundo está chiflado.

-Y los únicos seres racionales somos los que estamos aquí encerrados-cerró la idea Max.

Ambos intercambiaron una breve risa. Luego Max fue a sentarse a su lado. Su mano se posó sobre la de ella.

-Te extrañé.

-Muy bien sé que sí.

-La otra noche fue maravillosa.

-¿Por qué esta no puede ser aun mejor?-dijo con una risita coqueta.

Max se encogió de hombros.

-Pues no sé.

-Entonces te lo demostraré.

Y lanzándose hacia él, como lo haría cualquier animal salvaje que va a la caza de su presa, pero que, en cambio, en esta ocasión perseguía otros fines que no era el hambre, al menos no de ese modo, Vicky demostró una vez más que nadie podía predecir sus movimientos cuando se trataba de hacer el amor.